TERESA DE JESUS.

Vibra en el templo el órgano sonoro,
Pero doliente, misterioso y lento,
Mientras las monjas en pausado acento
Responden, cual un eco, desde el coro.

Se alza el incienso en perfumada nube,
Con magestad y silenciosa calma,
Y entre sus alas la oracion del alma
Hasta las plantas del Eterno sube.

El pueblo prosternado de rodillas,
Y con fé y esperanza, á Dios invoca,
Con las cristianas preces en la boca
Y el llanto del dolor en las megillas.

El aliento de Dios por el santuario
Parece que fragante se esparcia,
Cuando tranquilamente se estendia
El sagrado vapor del incensario.

Esa armonía de doliente estilo,
Ese cántico lánguido y profundo,
Es el último adios que lanza al mundo
Un ser que aquí á buscar viene un asilo.

Renunció al siglo en sus floridos años,
Porque falaz el siglo en sus favores
¡Ay! le dió espinas al pedirle flores,
Y, al pedirle afecciones, desengaños.

Y con un corazon de poetisa,
En el claustro pacífico se encierra,
Comprando con el llanto acá en la tierra
Del suspirado cielo una sonrisa.

Se pone en vez de las profanas galas,
De esposa de Jesus el sacro velo;
Porque anhela volar rápida al cielo
De las virtudes con las blancas alas.

Quiere tener su lámpara encendida
Sin entregarse lánguida al reposo,
Y, al llamar á sus puertas el Esposo,
Quiere hallarse amorosa y prevenida.

Su envidiable, magnífico cabello,
Por el hierro fatal fué destrozado;
¿Por qué no fué, Teresa, perdonado
Por ser siquiera tan sedoso y bello?

Su cuerpo, acostumbrado á seda fina,
Con un tosco sayal hoy se contenta,
Y, por ramo de flores, hoy ostenta
Su mano una acerada disciplina.

Aquellos ojos, que pusieron guerra
Otro tiempo á las almas mas altivas,
Mirándolas por fin de ellos cautivas,
Hoy humildes no se alzan de la tierra.

El lábio, que parece por ardiente
Hecho para el erótico embeleso
De las tiernas protestas y del beso,
Hoy para orar se agita solamente.

Y los versos, que á su alma delirante
Unos profanos ojos inspiraban,
Y que sus lábios con pasion cantaban,
Hoy los consagra á su celeste Amante.

Y esa frente en que enciende el pensamiento
De la divina inspiracion la llama,
Cuando el fuego poético la inflama,
Lo apaga en el marmóreo pavimento.

Y la sublime, la inmortal Teresa,
Que el infinito espacio encuentra estrecho
Para el ferviente anhelo de su pecho,
En una angosta celda se halla presa.

Esa gran criatura sobrehumana,
Para quien es la tierra reducida,
La accion arregla de su ardiente vida
Al monótono son de una campana.

Viendo á su Dios por ella prisionero,
De sus tormentos y su amor testigo,
Dice llorando: "Llévame contigo,
Porque muero, Jesus, porque no muero."

LA GUERRA CIVIL.

A mi amigo D. Francisco Zarco.

Vuela del Septentrion al Mediodia,
Y vuela del Poniente hasta el Levante,
El torvo génio de la guerrra impía.

Lleva en su diestra espada centellante,
Sus víctimas escoge y, descargando
El golpe asolador, sigue adelante.

Van la peste y el hambre caminando
Tras él como sus dignas cortesanas,
Tumbas y tumbas tras de sí dejando.

Hecatombes de víctimas humanas
Los ojos ven, y el corazon se aterra
Al fúnebre clamor de las campanas.

Llega á faltar para sepulcros tierra,
Que ni á niños, ni á vírgenes, ni á ancianos
Perdona el torvo génio de la guerra.

Como á José sus bárbaros hermanos,
A sus hermanos los guerreros tratan,
Y en sangre fraternal manchan sus manos.

Las furias del infierno se desatan
Y de todos murmuran al oido:
"Matad y vencereis;" y todos matan.

Gratitud y amistad dan al olvido
Los combatientes, y en delirio ciego,
Hieren hasta al amigo ayer querido.

Arrasan con furor á sangre y fuego
Las pobladas y espléndidas ciudades,
Que en desiertos trocadas quedan luego.

Y todavía aquellas soledades
El vencedor, en su triunfal carroza,
Cruza cual las siniestras tempestades.

En su carrera sin piedad destroza,
Pasando sobre el surco, los sembrados,
Y al paso incendia del pastor la choza.

Saliendo de las llamas espantados,
Medio desnudos van los moradores
Entre las fieras turbas de soldados;

Los que olvidando un punto sus furores,
A la esposa hacen, ante el mismo esposo,
Objeto de sus lúbricos amores.

Mas y mas crece el fuego pavoroso,
Y el soldado el doméstico santuario,
Tras el botin asalta codicioso.

Las llamas despreciando, el temerario
Recorre audaz la habitacion ardiendo,
Y devora el incendio al incendiario.

De los que van su patria destruyendo,
Es agradable música al oido
Del techo desplomándose el estruendo.

El vencedor de ayer, es hoy vencido,
Y el que vencido es hoy, vence mañana,
De la patria es la voz largo gemido.

Enmedio, á veces, de la lucha insana,
Se encuentra con su padre algun guerrero,
Y su espada traspásale inhumana.

Lo reconoce tarde en su ¡ay! postrero,
Y al ver que el crímen su castigo tiene,
Desgarra el propio pecho con su acero....

Cesad, cesad; sobre vosotros viene
Ávida ya la peste asoladora,
Y su marcha triunfal nada detiene:

Será la verdadera vencedora,
Y asistida del hambre, su aliada,
Será, por fin, de México señora.

Al mas fuerte le hará soltar la espada,
Si no de caridad el sentimiento,
Sí del hambre la mano descarnada.

Cuando el recien nacido llore hambriento,
El pecho exhausto le dará su madre,
Y sangre beberá por alimento.

Por mal que á la virtud proscrita cuadre,
Por quitarle su pan, fiero el hermano
Al hermano herirá, y el hijo al padre.

¿Los ejemplos de amor serán en vano
Que os da naturaleza en su armonía,
Desde el águila audaz al ruin gusano?

¿Vuestros ojos de buitre todavía
No se cansan de ver sangre corriendo,
Ni vuestros brazos de la atroz porfía?

¡Ah, sí! ya estoy en mi alma presintiendo
Que mi patria por fin será dichosa,
Las fratricidas armas deponiendo.

La paz, como una madre cariñosa,
Sus benéficas alas con ternura
Sobre ella, al fin, estenderá amorosa.

Y movido por fin de su tristura,
Aquel que convirtiera en agua el vino,
Convertirá su acíbar en dulzura.

Le dará bondadoso luz y tino
Quien la luz á los ciegos devolvia,
Y seguirá mi patria el buen camino.

La hará resucitar á la alegría
Quien de la tumba á Lázaro sacara
De nuevo al aire y á la luz del dia.

Aquel que paternal multiplicara
Los cinco panes, perdurables años
De paz y de abundancia le prepara.

Tras tanta humillacion y tantos daños,
Se verá mi país grande y temido,
Envidiando su gloria los extraños.

Y el mismo que á su pueblo protegido,
Por en medio del mar camino abriendo,
Dejó en él al egipcio sumergido,

Potente, los obstáculos venciendo,
Por la difícil senda interrumpida
Nos irá de la mano conduciendo.

Y cual llegó á la tierra prometida
El escogido pueblo tras la guerra,
Llegaremos tras lucha fratricida
De paz y union á la anhelada tierra.

SAPHO.

Á MI AMIGO EL JÓVEN POETA JALISCIENSE

Aurelio Y. Callardo.

Miradla allí, del mar en la ribera,
Muda y en actitud desesperada:
Está su noble faz desencajada,
Y en desórden está su cabellera.

La sacra inspiracion rádia en su frente,
Que se doblega del dolor al peso;
El sello de la angustia lleva impreso,
Y está sin brillo su mirada ardiente.

¡Aquella frente que, soberbia un dia
En la patria de Apolo y de las musas,
Ante gentes pasmadas y confusas
El sacro lauro con honor ceñia!

Hoy en sus mudos lábios se divisa,
Como un sarcasmo á la contraria suerte,
De la resolucion y de la muerte
La desdeñosa y lúgubre sonrisa.

En otro tiempo, en ellos voluptuosos
Los blandos besos del amor sonaron:
Ayer palabras tiernas exhalaron,
Hoy solo exhalan ayes dolorosos.

¿Qué hiciste, Sapho, la triunfal corona
Que en tus sienes ciñó la absorta Grecia?
¿Por qué tu mano su laúd desprecia?
¿Por qué versos tu lábio ya no entona?

Tu corona arrojaste alegremente
Para ceñir ufana la de flores
Con que, en falsa señal de sus amores,
Ciñó Faon tu profanada frente.

Entre amantes caricias olvidaron
Tus diestras manos á pulsar la lira:
Los bellos himnos que la Grecia admira
Entre ósculos amantes se apagaron.

¡Pobre águila caudal! rauda quisiste
Dejar el mundo y remontarte al cielo;
Te cortaron las alas en tu vuelo,
Y en un horrible páramo caiste.

Que un ser, cuál tú, buscando sobrehumano,
Hallaste un hombre que arrancó inclemente
Los laureles de musa de tu frente
Y la palma de vírgen de tu mano.

Tu corazon ofreces con ternura
A las plantas de un hombre, y él lo pisa;
Y de sublime y sacra poetisa,
Te convierte en muger su mano impura.

¿Mas por qué el rostro con rubor escondes?
Él es el criminal, tú la inocente;
Mas ya levantas con valor la frente:
¿Dónde vas, desgraciada....? No respondes.
.....

Sube á la cima de elevada roca:
Se precipita al mar: ya no la miro,
Y ahogada por el último suspiro,
El nombre de Faon muere en su boca.

A GRECIA.

SONETO.

Los Homeros en épicas canciones
Tus ínclitas hazañas celebraban:
Al persa tus guerreros asombraban,
Eras la envidia tú de las naciones.
Demóstenes, Licurgos y Solones
Tu renombre magnífico ilustraban:
De tu génio el poder representaban
Los Fidias en sus grandes creaciones.
Hoy asombrada la moderna historia,
De tantos héroes y de génio tanto,
Mira que solo queda la memoria.
Pero á tí no te queda en tu quebranto,
Flébil destello de tu antigua gloria,
Ni un giron solo de tu regio manto.

CINCINATO.

SONETO.

Lo arranca de la rústica morada
Que habita Cincinato sosegado,
De labrador tornándolo en soldado,
El peligro de Roma amenazada.
Por el escudo y la guerrera espada
Cambia entónces la reja y el arado,
Y, gracias á su esfuerzo denodado,
Se mira la República salvada.
El pueblo, por tan gran merecimiento,
Postrado ante el valor que su alma encierra,
El supremo poder le da contento.
El, aun frescos los lauros de la guerra,
De ambicion libre y de cuidado escento,
Vuelve, como antes, á labrar la tierra.

RÉGULO.

SONETO.

Abatida Cartago quiso un dia
La paz solicitar del estranjero,
Y, á Régulo, romano prisionero,
A demandar la paz á Roma envia,
Si su pueblo las armas deponia,
Quedaba en su pais libre el guerrero;
Si no envainaba dócil el acero,
A morir el enviado volveria.
Al senado preséntase el romano
Incitando á su patria con voz fuerte
A no dejar las armas de la mano;
Y superior á la contraria suerte
Tranquilamente el digno ciudadano
Volvió á Cartago á recibir la muerte.

ESPARTACO.

SONETO.

Sintióse esclavo y levantó la frente,
Y se acordó que corazon tenia,
Mirando con sorpresa y alegría,
Que era su igual el déspota insolente;
Vuelve contra él las armas de repente,
Armas con que, hace poco todavía
Peleando, á su dueño divertia;
Cosa deja de ser y hombre se siente.
Sus hermanos, los grillos degradantes
De Espartaco á la voz, fuertes rompieron,
Esclavos viendo á sus señores de antes:
Libres, de pié los siervos se pusieron,
Y tornados de enanos en gigantes,
El mundo antiguo vacilar hicieron.

A ROMA ANTIGUA.

SONETO.

Ricos templos, palacios deslumbrantes,
Monumentos de mármol y de oro,
Forman, augusta Roma, tu decoro,
Simples juegos de un pueblo de gigantes:
Su voz levantan sábios y tronantes
Cicerones y Gracos en tu foro:
Con el tigre feroz y el fuerte toro
Luchan tus gladiadores arrogantes:
Pisas coronas, cetros despedazas
Tu pié con extender ó bien tu mano,
Y todo el mundo conocido abrazas....
Hizo una seña Dios; ¡todo fué en vano!
Y en tus desiertas calles y en tus plazas
Creció la yerba y se arrastró el gusano.

EL INCENDIO DE ROMA.

SONETO.

Mirad como las torres se doblegan,
Cual las espigas cuando el Bóreas pasa;
Viejos, niños y vírgenes, en masa,
Por huir del incendio á él se entregan:
Las vivas llamas á las nubes llegan:
El fuego vencedor funde y abrasa,
Y santuarios y alcázares arrasa,
Y el ancho Tiber los escombros ciegan.
¿Cuál fué la causa de la llama impía?
¿Quién tornó en ruina, y en dolor, y en muerte,
De Roma la opulencia y la alegría?
¿Es castigo de Dios ó de la suerte....?
Es solamente que Neron se hastía,
Y con su Roma ardiendo se divierte.

ELOISA.

Al poeta mexicano D. Manuel Ruiz Dávila.

¿Quién es esa muger arrodillada
Junto á un sepulcro, que con llanto riega?
Mudo su lábio ni siquiera ruega,
Fija en la losa la tenaz mirada.

Tras de su frente pálida destella
El resplandor de su fogosa mente,
Y está marcada en su abatida frente
De la vigilia y del pensar la huella.

Las arrugas que surcan desiguales
Su marchitado rostro, ántes tan bello,
Mas que del tiempo el inflexible sello
Del dedo del pesar son las señales.

Mudos están sus elocuentes lábios,
Los lábios que, otro tiempo, cuando hablaban,
Luminosos conceptos derramaban,
Admiracion y envidia de los sábios.

De vez en cuando llama pasagera
De nuevo enciende sus megillas frias,
Porque se anima como en otros dias,
Mal apagada su interior hoguera.

Sus ojos entre el llanto aun resplandecen,
Cual, bajo las cenizas apagadas
De algun incendio, en ellas sepultadas
Algunas vivas chispas aparecen.

Se postra á veces y la tumba sella
Con prolongado beso de ternura;
E inmóvil permanece en tal postura,
Cual si quisiera sepultarse en ella.

Mas, sintiendo quizá que no es bastante
A contener el pecho sus tormentos,
Desbordan por el lábio sus lamentos,
Y así esclama con tono penetrante:

"¿De que me sirve ¡oh Dios! haber dejado
Del mundo los profanos esplendores,
Si borré mis recuerdos esteriores;
Pero imborrable en mi alma vá el pasado?

"Buscando, ¡ay triste! á mi dolor calmante,
En el claustro pacífico me encierro,
Bajo el altar mi corazon entierro;
Pero con él la imágen de mi amante.

"Que nombra, siempre me parece, á ese hombre
El órgano del templo cuando vibra,
Y de mi pecho entónces cada fibra
Tiembla y repite su adorado nombre.

"Pienso escuchar su tentador acento
En el eco del cántico sagrado,
Y en el incienso, ante el altar quemado,
Respirar el aroma de su aliento.

"Perdona ¡oh Dios! á mi alma delirante,
Mas si profeso y mi existencia guardo
En este claustro que fundó Abelardo,
No me consagro á tí, sino á mi amante.

"Mil veces mas que yo mi amor es fuerte,
Ya sin objeto el corazon me abrasa,
Y sobrevive y su poder traspasa
Mas allá de los lindes de la muerte."

Una campana suena; mas de hinojos
Sigue Eloisa y con dolor suspira . . . .
Mas se alza de repente y se retira,
Atras volviendo los rebeldes ojos.

003282